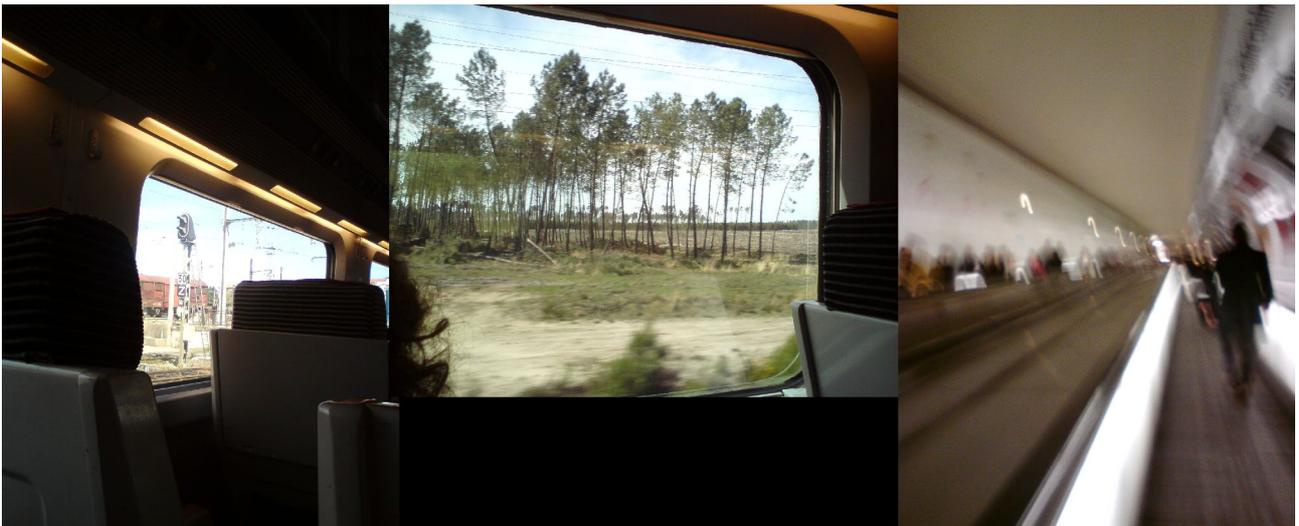


Teoría del viaje: sujeción al recuerdo de haber estado antes en una buena parte del trayecto (reflexiones heraclitianas inversas: ¿cómo es posible que tantas cosas sigan siendo iguales? ¿do quedó el fluir? ¿qué se hizo del tiempo transcurrido, doblado, vuelto a la posición inicial como en una novela de la antigua nueva ola?) y a la imposibilidad de escribir en un autobús que casi resulta trivial hasta la frontera.



Aunque desvirtuada por los usos comunitarios que han expulsado a los guardias de aduana que se comparaban los uniformes desde un lado al otro de la línea barrada, la palabra frontera ejerce poder sobre cualquier viaje; la frontera tiene autoridad literaria, impone

conciencia geográfica y novelesca, arrastra las palabras de un idioma a otro, las convierte en exóticas con sólo dar unos pasos o con la ligereza de los trenes, que añaden a veces el sobresalto semántico de las traviesas.

Y enseguida un bosque de óxido y cemento, cielo pautado por cables grises, semáforos de dos solos ojos, toda esa parafernalia que rodea las estaciones de ferrocarril.

En el vagón, alguna pregunta absurda.

-¿Qué vagón es este?

-El once.

-Y el quince, ¿dónde está?

-Cuatro más allá...

-Lógico -murmura un tercero, y ella sonríe...

Afuera, un sol con todas las previsiones meteorológicas en contra. Viento también, pero sigue siendo un patrimonio de las estaciones, como los yerbajos de entrevías o el polvo que olvidan las lluvias.



El vagón lleva el calificativo de “zen”. Se trata de una promoción que garantiza la tranquilidad durante el viaje. Hay vagones “conviviales”, donde se puede charlar y utilizar teléfonos móviles, y otras secciones están dedicadas a liberar a los padres de sus hijos. Parece que estas gentes del norte están apreciando el valor comercial de

los que preferimos viajar sin demasiada prisa y sin manejar máquinas. Lo de la prisa es relativo: afuera, puentes y postes pasan a ráfagas. El caso es que un grupo de españoles ha comprado los billetes sin conocer sus características. Juegan a las

cartas y hablan por teléfono. El volumen va subiendo. Cuando el ambiente empieza a parecerse a la partida de la tarde en un bar de barrio, otro viajero protesta; primero no entienden, después reivindican su derecho hablar alto, ya que “sólo son las cinco de la tarde y no creo que nadie quiera dormir a estas horas”; por fin alguien se lo explica, y entonces discuten entre ellos sobre la necesidad de seguir la norma. Vuelven a la partida, pero musitando. Parece que están rezando envites.

Leo en “Siné Hebdo” un artículo de Michel Onfray sobre Córcega: aparecen Rousseau (que redactó una constitución para la isla), Derrida, la dialéctica solar, el hedonismo. La sección de Onfray en ese semanario se llama “Diógenes y compañía”. La prensa satírica francesa es muy seria.

Eucaliptales, creo.

Rechazo a la obediencia: recuerdo de Giono.

Una pasajera lee un “Especial belleza” que no debe contener nada parecido a una belleza especial.

Se sigue percibiendo el poder de la frontera: estamos al norte de nuestra tierra y, sin embargo, todo tiene un aire meridional. A veces, la vía pasa junto a espacios alisados y rayados como jardines japoneses, pero predomina un humor de yerba seca. A veces charcos, landas, lamas, llamas.

Vivaldi en mp3.



Gare du Nord. Tiene nombre de buen título. Sencillo, exacto. Estación del Norte. Una mujer pide limosna. Viste un abrigo de piel falsa; usa tacones, medias blancas; en la cabeza, un pañuelo negro con lunares blancos. Un poco más allá, otra hace lo mismo, pero en chándal. De la diversidad de la miseria. ¿Distintos niveles del ejercicio de la pena?

Tren de asientos tapizados en granate. París-Amsterdam, pasando por Bélgica, esa frontera difusa entre germanos y

latinos en donde un millón de leyes distributivas diseñan un mal encaje de ruedas dentadas. Los chavales que pasan en grupos con mochilas y risas y a ratos esa grave seriedad de los adolescentes parecen dispuestos a celebrar la confusión de la manera más inteligente y divertida. Hay cosas que van más deprisa que las leyes. Muchas cosas. ¿Hace falta decirlo? Los formalizados pasan entre los círculos babélicos de los nietos de Zazie sorteándolos sin verlos, indiferentes, como si la agenda les impidiera pararse a reprimirlos o, simplemente, les tuviera sin cuidado, porque la propia agenda ha determinado que lo importante, el interés simple o compuesto, está en otra parte y que todo ciudadano es un consumidor. Es decir: todo consumidor es un consumidor. ¿Hacía falta escribirlo?



Central Station. Impresión de Amsterdam. En efecto, hay bicicletas. Un mar desordenado de bicicletas. Las gratuitas que le dieron la fama a la ciudad durante la crisis del petróleo de los 70 han desaparecido, probablemente robadas, repintadas y vendidas, pero cada

habitante parece tener la suya. Las calles están llenas de bicicletas. Las barandillas de los puentes parecen hechas de bicicletas. Los coches que circulan, pocos, dan pena; parecen víctimas de los ciclistas y tranvías. Esos tranvías grandes y toscos donde un funcionario sella los billetes con un tampón de fechas, como en una oficina de registro. Una agradable renuncia a ser contemporáneos.

Museo Van Gogh. Ante un autorretrato de Vincent: "¡Mira! ¡Kirk Douglas!". La cultura es desplazamiento, ¿no? El bueno de Gauguin -pero siempre hacía



de malo- afirma.

Jan Steen: probablemente un tipo interesante que solía autorretratarse de payaso. (Nota: indagar sobre él.) El autorretrato del Rijksmuseum no lo presenta así, pero no resulta difícil imaginárselo. Sus cuadros: una familia deliciosamente asocial, depravada, capitalmente pecadora; niños que maltratan animales bajo la mirada hosca de un anciano: lo que le molesta es el ruido. ¿intenciones moralizantes? Puede. Se ha escrito tanta pornografía para mostrar lo que no debe hacerse...



Aceptables albóndigas holandesas.

Una ciudad a medida de aquella burguesía liberal que de verdad lo era. Vendedores de diamantes, especias y tulipanes. Explotadores de obreros y colonias, pero compradores de arte, libros y música. Burgueses que se ocupaban de sus negocios en lugar de dejarlos en manos de administradores neocons inflados de lenguaje neotech. Burgueses con ciertos escrúpulos, quizá.

Panqueques.

La variedad europea parece basada en la abundancia de rasgos asiáticos, sin olvidar a algunos tipos deliberadamente pálidos, incluso con chisteras y bastones y todos de negro, y a los amerindios desapercibidos por sus estaturas.

La luz de estos días de abril, que suelen acabar en tormentas de truenos lejanos, certifican los cielos de algún cuadro de Ruysdael.



En cuanto al paisaje rural, sigue siendo cierto que en Holanda no hay montañas. Tan cierto como que, ante esos prados hechos a nivel y roturados como paralelogramos definidos por canales, uno, de nuevo en el tren, empieza a desear que lleguen las sombras de las Ardenas, a pesar de ese rumor histórico de batallas.



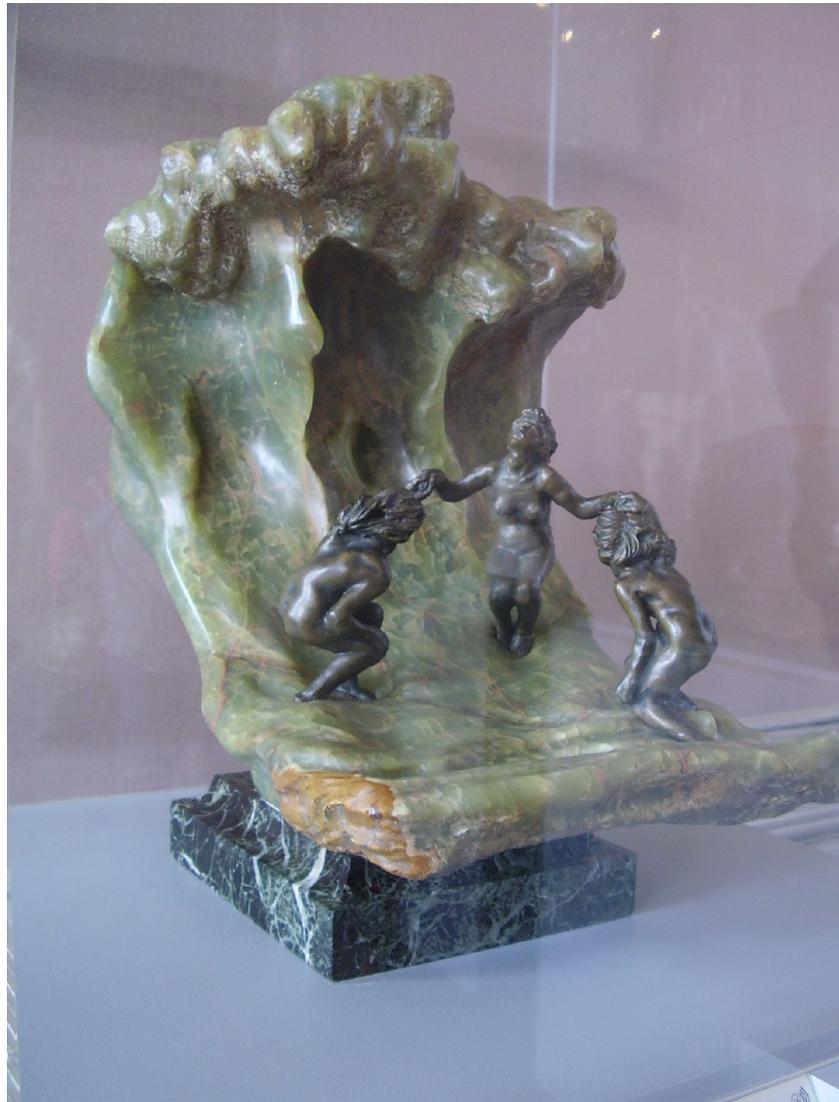
Más lecturas de tren. La película más pirateada en Francia ha sido la que más ingresos ha tenido en taquilla. Edwy Plenel clama por la unidad de la izquierda. “Marianne”: valores republicanos. La derechización del partido socialista debe ser tal que cualquier socialdemócrata consecuente(?) parece un peligroso revolucionario...

Rotterdam. Amberes. Bruselas. Niebla. Bella palabra: “brouillard”. En París habrá que visitar el puente de Tolbiac, Léo Malet sabrá por qué.



Museo Rodin. “El pensador”, desengañémonos, está haciendo lo que todos piensan. Esa broma perpetua siempre le quita solemnidad a la obra, lo que no ocurre con la fuerza airada de

Víctor Hugo (hay que coger su mano) o con esa rara pasión de “Los burgueses de Calais”, que sin embargo rozan una dimensión estrambótica. Ningún bronce es desdeñable, desde luego, pero prefiero las manos entrelazadas en mármol, la mano del dios que saca a la primera pareja diminuta de una nada de piedra (sí: se puede representar en piedra el hipotético vacío o la



ultraconcentración anterior al big-bang) y, sobre todo, claro, “El beso”. Y también las maravillas de ónice de Camille Claudel, que siempre vencen al macho.

Ceremonia de nombres.
Montparnasse. Bir-Hakem.
Metro. Guimard. Pasarela
Simone de Beauvoir. Tolbiac.
Fnac. Las cartas de
Apollinaire. André Pieyre de
Mandiargues. También Sartre.
Triduo pánico. Quay Branly.





Museo Branly, es decir, “museo de las artes y civilizaciones de África, Asia, Oceanía y América (civilizaciones no occidentales)”. Máscaras, canoas, cabezas cortadas y decoradas, música. Está claro: arte de vanguardia. Las cabezas que esculpían, moldeaban o pintaban Modigliani o Picasso. Los personajes de Giacometti. Los tejidos de la innovación, las serpientes de Alechinsky y todo lo que queramos. Puede que ya resulte tópico, pero los aventureros del arte (la mayoría de ellos nunca lo negaron) volvieron la mirada a la aventura primitiva para obtener la electricidad de los ojos de esas máscaras que lo mismo miran en

el cubista que en expresionista o en lúdica burla de dientes afilados. Ahora, un largo recorrido presenta una especie de revancha de los continentes despreciados. (A propósito de esto, la prensa recoge una brillante estupidez de Sarkozy. De visita en Gabón, ha hecho un discurso donde mostraba su pena por la incapacidad de los africanos de desarrollar civilizaciones y culturas antes de la llegada del hombre blanco. Son muchos los que le piden que visite el museo Branly, pero no hará caso, y si lo hace no será por su interés, sino demagogia; no cambiará el discurso.) Se habla de la muerte de los museos, se critica su condición de espacios donde se muestra el arte como una producción separada de un contexto, etc., etc... Sin embargo, las nuevas tecnologías de la imagen y el sonido y unas



cuantas ideas sencillas pueden darles vida, desmitificarlos como templos del arte e introducir en ellos una cierta alegría creativa... De nuevo me pregunto: ¿hacía falta escribirlo? Bueno, sólo son notas de viaje. Y de complemento, una exposición sobre la historia del jazz. Las trompetas de la libertad; los pianos del sexo; los contrabajos de la luz.



Sólo son notas de viaje.

Vuelta. Canciones de Brassens y Montand. Arrebatos de lluvia, claros y nubes. Pequeña meteorología que mezcla la leve tristeza por lo pasado y la alegría rutinaria, contradictoria, del regreso al lugar cotidiano donde se es más feliz al recordar los viajes.

Rafael Pérez Llano

19.04.09